



# MANZANARES 25: eternidad entre muros

Por Eduardo Antonio Parra

Desde una óptica personal, uno de nuestros narradores más destacados nos invita a descubrir la casa más antigua del Centro Histórico, con sus secretos y memoria, en el corazón de la Merced.





**D**ESDE EL MOMENTO EN QUE ATRAVESAMOS EL PORTÓN, una sensación de eternidad nos envuelve acariciándonos la piel, internándose en nuestro cuerpo por las fosas nasales. No, no se trata del olor a viejo y desgaste que se advierte en las calles del barrio de La Merced. Es otra cosa. El tiempo detenido en esos muros de piedra y sillar levantados hace alrededor de cuatro siglos y medio, en los cimientos de tezontle, en los marcos de ancestral cantera que rematan puertas y ventanas, que parecen contemplarnos con la sabiduría y la paciencia de quienes lo han visto todo.

Tiempo resguardado que flota en el patio donde, si se observa con la debida imaginación, advertimos el trajín de sus habitantes de otros siglos junto a la pileta central, llevando agua a las habitaciones para cocinar, lavando ropa o, al caer la noche, sentados en círculo bajo las estrellas mientras

comentan los hechos del momento: la última proclama del virrey, el aplastamiento de un motín, la firma de la Independencia, la expulsión de los gachupines, el incendio del Parián, el paseo triunfal del presidente Juárez tras la derrota de los franchutes, la toma de la capital por las fuerzas revolucionarias, el terremoto que tumbó media ciudad pero respetó los cuartos de la casa...

A diferencia de otros inmuebles que han sobrevivido en la ciudad el paso de los siglos, la casa de Manzanares 25 no funcionó nunca como palacio. No fue mansión de conquistador, ni de un funcionario de la Corona, como se advierte en su construcción de una sola planta. Su trazo no es de estilo europeo, sino náhuatl: un patio rodeado de doce habitaciones de tamaño distinto. En el cuarto más grande habitaba el jefe del clan; el resto lo ocupaban los hijos, sus mujeres y sus proles.





Era una vivienda familiar indígena. Tal vez la construyó en el siglo XVI un comerciante próspero que sobrevivió a las matanzas de la Conquista y, gracias a sus contactos con la población campesina, almacenaba en sus muros, para venderlas después, las mercancías que diario llegaban a la ciudad en canoas y trajineras provenientes de los alrededores.

La Merced existía desde más de dos siglos antes de la llegada de Cortés. Era sede de adoratorios religiosos, de la Casa de los Pájaros y de los establecimientos donde se fermentaba el pulque que bebían tlatoanis y nobles en los palacios. Luego de la Conquista se convirtió en el principal centro de acopio y distribución de la ciudad. Un barrio de comerciantes acomodados, tanto de origen europeo como indígena, que recibían legumbres, animales y todo tipo de bienes a través del entramado de canales y acequias que atravesaban las zonas pobladas. Uno de ellos debió ser quien ordenó construir la casa.

Las habitaciones mantienen, aun más concentrado, ese aroma de tiempo sin tiempo que permea el edificio entero. Recién restauradas y vacías ahora, es posible vislumbrar en ellas la cotidianidad de sus habitantes de otras épocas. Ahí debió estar el petate original para el reposo nocturno, allá la primera cama con colchón de paja, en el centro el anafre para la comida o las noches de invierno. Las parejas durmiendo en un rincón, rodeadas de los hijos. No importa que las paredes tengan enjarrado reciente, que los techos hayan sido reconstruidos y que las vigas nuevas sustituyan las que los siglos pudrieron: los muros aún guardan la respiración de varias generaciones de mexicanos, el calor de sus cuerpos, retazos del espíritu en el devenir del país.

¿Cuántos ojos se asomaron por las ventanas que dan al Callejón de Manzanares? ¿Qué es lo que vieron a lo largo de los siglos donde hasta hace pocos años se hallaba el





llamado Carrusel de Prostitutas? ¿Qué verán los niños en situación vulnerable que muy pronto correrán por este patio antiguo para asistir a los talleres de formación artística y oficios destinados a ellos? ¿Experimentarán también esa sensación de eternidad que envuelve a los visitantes desde que cruzan el umbral?

La casa de Manzanares 25, la más antigua del Centro Histórico más antiguo del continente, será sede asimismo de un pequeño museo en cuya muestra se narrarán los trabajos de su rescate. Junto con los niños beneficiarios de los talleres, quienes asistan al museo contemplarán –y serán contemplados por ellos– un patio, unas habitaciones que durante más de cuatro siglos y medio sobrevivieron inundaciones, terremotos, incendios, revueltas, motines, guerras, demostrando que el tiempo puede detenerse entre muros y techos para que podamos atisbar la eternidad. 🍷

En 2010, el Fideicomiso Centro Histórico de la Ciudad de México comenzó los trabajos de rescate de esta construcción de gran relevancia histórica y, junto con la participación de expertos del INAH, pudo determinar la antigüedad del inmueble.

En 2016 se iniciaron los trabajos de restauración, basados en una visión respetuosa con los distintos momentos históricos de la construcción.

A partir de este año la casa funcionará para atender a población infantil vulnerable de la zona y contará con un centro de formación artística, talleres de cocina, club de tareas y un museo de sitio.